

Carrera de obstáculos en Acahualinca

IRENE PALMA - Voluntaria en Nicaragua



Acahualinca es el barrio más desfavorecido de la capital de Nicaragua, Managua. En él viven más de 12.000 personas en una zona flanqueada entre el Lago Xolotlán y rodeando el basurero de La Chureca, el estercolero más grande de la ciudad con más de 40 hectáreas de superficie. Este insalubre lugar es el sustento de muchas de las familias de Acahualinca. La Chureca no entiende de derechos humanitarios. Allí, tanto niños como adultos, trabajan diariamente para poder sobrevivir.

Cuando vienes de un lugar donde la educación está teóricamente garantizada para todos y donde los niños y niñas tienen simplemente como derecho y deber disfrutar de su condición infantil, la realidad de Acahualinca sobrecoge aún más, si cabe. Niños y niñas que al nacer no son conscientes aún de que lo que se les pone por delante es una carrera de obstáculos que deberán salvar para poder conseguir lo que quieren. Así, con el primer llanto al nacer se da el pistoletazo de salida de una competición por ser alguien en la vida. Como contexto, un barrio de hojalata y ladrillo que se ha hecho así mismo a fuerza de rebuscar entre la basura o de vender fruta y carne por las calles. Una comunidad que vive entre la tierra y el barro que se forma con las lágrimas impotentes, a veces, de sus habitantes. Un barrio que dentro de su miseria tiene un espíritu que cabe ser envidiado y destacado por su fuerza y su afán de superación. Porque ellos saben que nadie les va a regalar nada y que van a tener que trabajar duro para conseguir cualquier cosa.

Al poco de llegar a Acahualinca, alguien me dijo: “Aquí, a las personas, no se les está permitido soñar”. Y todo el mundo sabe que donde no hay sueños no hay esperanza. Por eso, la organización local Dos Generaciones trabaja, en colaboración de Solidaridad Internacional, para que la gente de Acahualinca aprenda a soñar y, sobre todo, a conseguir sus sueños.

Cuando uno tiene un sueño, tiene una ilusión. La ONG Dos Generaciones lleva 21 años creyendo en las personas, dotándolas de herramientas para que sean ellas mismas las que cambien su realidad. Rebajando, al fin y al cabo, la altura de los obstáculos que hay en la pista vital de cada uno y dándoles un empujoncito en la espalda cuando las fuerzas flaquean. Todo ello con la finalidad de verles cruzar las metas que cada persona se ha propuesto. Como alguien me dijo aquí, “en la vida hay que tener metas e ir consiguiéndolas una a una, pero siempre tener metas”.

Como en todos lados, los niños y niñas de cada sociedad son el futuro de la misma, pero en Nicaragua esa máxima cobra aún más fuerza dado que es un país donde se estima que algo más de la mitad de la población es menor de 18 años, de los cuales casi la mitad no están escolarizados.

Cuando la fuerza de voluntad puede con todo

Los niños, niñas y adolescentes son el motor del cambio. Eso lo sabe bien Selena Sánchez, una chica de 16 años que vive en Acahualinca junto con su hermana, su madre y su abuela y que a su corta edad ya ha salvado más de un obstáculo en su carrera particular hacia el éxito. Selena tiene claro que quiere ser algo importante en la vida y no le asusta el esfuerzo que ello le cueste porque siente y sabe que puede.

Es la mayor de dos hermanas, su madre fue la que hizo el papel materno y paterno en su vida, algo que ocurre a menudo en Nicaragua. Un ejemplo, su madre, de lucha y superación que le da la seguridad de que con amor y fuerza todo es posible. “Mi madre siempre ha estado apoyándonos. Siempre ha querido que estudiáramos. Ella me dice que para ser alguien en la vida tengo que estudiar”, dice.

Selena, es una voz de 16 años que pelea por un mundo mejor, porque su mundo sea mejor. “Está bien vivir aquí, pero yo no quiero estar aquí toda la vida”, dice refiriéndose a Acahualinca.

Capaz de enfrentarse a quien sea, ella tiene claro qué les diría a los responsables políticos para cambiar su situación ahora que comienza la campaña electoral. “El mayor problema es el trabajo infantil. Como somos pobres, los padres mandan a sus hijos a trabajar. Los políticos deberían mandar a los niños y niñas a estudiar y a los padres facilitarles préstamos para que puedan salir adelante. Estudiar es un derecho y también un deber porque si nos mandan a estudiar pero no vamos, no está bien”. “Los políticos no nos preguntan a nosotros si estamos de acuerdo o no con lo que deciden sobre nosotros. Deberían hacerlo. Sólo les preguntan a los adultos. Los niños y adolescentes no nos podemos quedar donde estamos. Tenemos que ponernos las pilas y luchar”.



Mirando a los ojos de Selena se puede leer el lema “querer es poder”. Porque quiere, porque no se rinde, porque su realidad le empuja con brazos fuertes y porque cree en sí misma y en sus posibilidades. Selena será lo que quiera cuando sea mayor, dejando atrás sólo la precariedad de un barrio pero llevando por bandera su condición de “nica” de Acahualinca que cual ave Fénix resurgió de las cenizas provocadas por los desplantes de unos políticos que creen que “ojos que no ven... corazones que no sienten”.

Con sus ojos oscuros y su mirada tímida, Josué González avanza por su pista de obstáculos con paso firme. Está tranquilo mientras ayuda a su mamá a empaquetar la fruta que posteriormente va a vender en la calle. Que él no se sorprenda por ser niño trabajador ya dice mucho. “Yo siempre he estudiado pero he ayudado a mi mamá a vender fruta y a los quehaceres. Yo iba a clase de siete a doce, a la una iba a lavar los trastes y comía y a las tres ayudaba a mi mamá hasta las cinco”. Josué normaliza la idea de pasar la niñez encargado de un puesto de fruta en lugar de andar jugando con el resto de los niños. Tal vez, si pudiera jugar tendría que hacerlo solo porque sus amigos también andarían trabajando.

“Mi mamá y mi hermano me motivaban para que fuera a la escuela y aprendiera para ser algo en la vida. A mi me parecía muy bien porque si no, no vas a ser nada en la vida”.

Josué no quiere salir de Acahualinca, “si salgo a otro lado no tendré a mis amigos. Yo quiero seguir aquí y que el barrio siga cambiando y ayudar a la niñez para que vaya a la escuela”.

Se le iluminan los ojos cuando se le pide que diga cuáles son sus mayores sueños. “Un sueño para el barrio es que no haya más violencia y no existan más vagos aquí para que así la gente que viene de otros países la reciban con cariño y amor. Para mi familia, que siempre estemos unidos, no apartados. Para mi, seguir adelante y cumplir los sueños que tengo en la vida. Para conseguir todo eso, voy a seguir estudiando y ayudando a los niños”.

Como ya lo ha hecho M^a Teresa Picado que a fuerza de trabajo ahora regenta un salón de belleza. Ahora recuerda cómo a los 9 años iba a vender las piezas que pescaba su papá. “Él iba a por el pescado y nosotros lo vendíamos. Además, trabajaba en el basurero”.

Aún así, siente que tuvo suerte porque “mi papá nunca nos exigió traer reales. Yo estudiaba por las tardes. Ellos me decían que tenía que estudiar”.

Dentro de su desdicha, puede sentirse afortunada, piensa, porque algunos de sus siete hermanos no pudieron estudiar porque “había pocos recursos”. Su vida fue cambiando, evolucionando de niña trabajadora a mujer empresaria. “Aquí, en Nicaragua, es todo escaso. Me ofrecieron un taller y me pareció una buena opción porque siempre me había gustado la belleza. Y yo dije, ahora es mi oportunidad, que yo me preparé”.



Cuando abrió su salón de belleza sintió que una bocanada de aire fresco le entraba por los pulmones. Un gran obstáculo estaba vencido. “Yo sentí un gran gozo y le di gracias a Dios”. Alcanzada una meta, M^a Teresa ha cogido carrerilla para la siguiente. “Una de mis metas es sacar mi salón afuera, extenderlo, acondicionarlo. Quiera Dios que se me haga realidad”.

Ella es madre soltera de 22 años, condición que le ha hecho ser aún más fuerte. “Las mujeres podemos cambiar. Tenemos que salir porque no podemos estar encerradas. Tenemos que salir a la calle a buscar porque si una no sale no va salir nunca de la pobreza. Yo les diría a todos y todas que tengan un sueño porque los sueños se hacen realidad. Que sigan adelante con sus sueños”.

De trabajar en la basura a abogada

Keyla Largaespada es un ejemplo claro de superación en Acahualinca. Paso a paso, sueño a sueño, meta a meta se va quitando los trozos de basura que marcaron su niñez. A los 8 años iba junto a sus hermanos a rebuscar en el basurero de La Chureca. Recuerda cómo cada día volvía cargada de basura a su casa. “Aquí amontonábamos la basura para separarla y luego venderla”, dice mientras señala una habitación que se ve negra no sólo por la oscuridad. Mientras, su madre, permanece sentada en la filo de la cama. La cama que Keyla le compró nada más ganar un poco de dinero. “Yo quería que mi familia estuviera un poco mejor y juntaba dinero para comprarles cosas”. Pero hasta llegar a ganar un poco de dinero, Keyla ha competido en muchas carreras obstaculizadas. El primer impedimento lo encontró cerca. Su padre, un hombre firme en las convicciones en las que había sido educado, se negaba a que Keyla estudiara. “Él decía que lo que tenía que hacer es aprender cosas para la casa. Pensaba que si quería ir a la universidad era para conocer a hombres. Tuve que luchar mucho, a veces, mi padre hasta me corría para que no estudiara, pero a mí no me importaba porque yo quería estudiar para ser alguien. Yo sabía que no quería estar toda la vida trabajando en el basurero”. Ahora ella es abogada y madre de una niña. “Al final mi padre se sintió muy orgulloso de mí, hasta rezaba por mí cuando me pasaban examen”.



El camino fue duro pero tuvo dos manos fuertes que le empujaban en los momentos difíciles, el de su madre y el de Dos Generaciones. “Mi madre siempre me apoyó, incluso me cubría delante de mi padre, cuando preguntaba por mí y yo estaba estudiando ella le decía que andaba haciendo un mandado”, dice mientras mira a su madre que llora emocionada en silencio.

En la actualidad ella es abogada en la ONG Dos Generaciones y se encarga de asesorar jurídicamente a los que se lo requieren. “Yo siempre quise estudiar leyes porque en el basurero me tocó ver cosas muy duras. Vi como abusaban de una niña que también rebuscaba conmigo en la basura e incluso lo intentaron conmigo. Y yo me dije, yo voy a estudiar leyes para que sepan los derechos que tienen”.

Ella ya ha cruzado una meta, pero no será la única, ahora tiene más fuerza que nunca y sabe que puede conseguir cualquier cosa. “Yo siempre he conseguido todo lo que me he propuesto en la vida, con mucho esfuerzo, pero lo he conseguido. La gente tiene que luchar”.

Josué, Selena, M^a Teresa y Keyla son ejemplos vivos de la fuerza de Acahualinca. Un ejemplo de superación. Cuatro personas atléticas que cada día se calzan sus zapatillas de deporte deseosas de saltar cada obstáculo que se les ponga en su camino particular hacia la meta para una vez alcanzada, estirar, coger aire y volver a la pista de sus sueños. Porque en Acahualinca sí se puede soñar. Porque la meta no es necesariamente el final y menos en Acahualinca donde no sólo se puede sino que se debe soñar porque aquí los sueños sí se hacen realidad.